

UN VIAJE CON PACO ESPINOLA

por JULIO C. DA ROSA

Al final de mi breve disertación, explicaré la causa por la que he elegido el tema que voy a desarrollar muy sucintamente y que título **Recuerdos de un viaje con Paco Espinola**. Estamos, naturalmente, en esa tarea que aconsejaba don Santiago Dossetti: la de rescatar todo aquello de lo que Paco Espinola solamente dejó huellas en la memoria de sus amigos. Documentar los recuerdos del amigo, del admirable conversador, del hombre, del compañero de tantas noches y de tantas andanzas sumamente importante, porque Paco dejó mucho más lo de que algunos imaginan y de lo que fue recogido en el papel impreso. Y es necesario que eso no se pierda. Nos sentimos, pues, comprometidos a rescatar —tiempo arriba— lo mejor de nuestro andar junto a él, tan rico de profundas enseñanzas humanas.

El viaje con Paco al que me voy a referir se realizó no hace más de tres años y algo, como consecuencia de una invitación formulada —a Paco y a mí, a mi hijo y al hijo del invitante— por el ingeniero Campal, a quien se le había ocurrido que debíamos juntarnos —estábamos de vacaciones— para realizar una travesía cuyo rumbo fijamos entre todos y que fue este: Montevideo, Minas, Aiguá, Rocha, Fortaleza de Santa Teresa, Bañados de Rocha, río Cebollatí, Charqueada y Treinta y Tres. Aquí se frustró el itinerario que nos habíamos fijado, pues era nuestro propósito llegar a Bañados de Medina, donde se hallaba Justino Zavala Muniz— pasando unas vacaciones en su casa de las Crónicas. Con Campal nos habíamos propuesto juntar a Paco y a Justino y hacerlos conversar, para sacar algunos apuntes y, si era posible, grabar la conversación. Todos saben que tanto Zavala Muniz como Paco eran grandes conversadores, además de grandes amigos. Desgraciadamente este propósito no pudo realizarse, pero, en cambio, durante todo el viaje gozamos de la conversación de Paco. El viaje se inició y concluyó con Paco conversando. Nosotros sólo le dábamos tema, lo azuzábamos, para hacerlo hablar. Esas conversaciones son inolvidables para quienes las escuchamos, intercaladas con algunas jugosas anécdotas que a él le servían para matizar temas de muy distinta índole.

Recuerdo que la primera noche pernoctamos en una estancia vieja cerca de Aiguá. Ahí asamos un medio corde-ro, los muchachos guitarrearón un rato, conversamos después sobre temas generales y a eso de las diez de la noche quedó Paco con la palabra. Más o menos a la una y media o dos nos acostamos, y Paco siempre con la palabra. Se trataba de una estancia que tenía fama de "asombrada". Parece que en cierta época había andado por los alrededores una mu- jer descabezada y se comentó largamente la historia en la reunión. Esto dio pábulo para la conversación de Paco en la mañana siguiente. Fue una noche de mucho mosquito y nos dieron una habitación que daba al camino real. La car- ga de los mosquitos fue tremenda y, aunque no lo comenta- mos, nadie pudo dormir en aquella noche. Seguramente, Paco, también desvelado, mientras fumaba, ideó los prime- ros cuentos para la mañana siguiente, mientras se tomaba mate, antes de continuar el viaje. De estos cuentos, que fueron muchos, recuerdo uno, relacionado con la mala no- che que pasamos y lo de la descabezada. Como quien cuen- ta la cosa más natural, dijo Paco que esa noche, a media madrugada, se sintió arrastrado campo afuera y cuando qui- so acordar estaba sentado en medio del campo, tapado de mosquitos y con la degollada enfrente. Y entonces agregó Paco que tuvo que pedirle a la descabezada que por favor lo dejara dormir. Todo esto, matizado con largos comenta- rios, que le daban sabor, y que será necesario reconstruir, más adelante, recordando detalles.

De esa estancia salimos rumbo a Rocha. Debíamos lle- gar a la Fortaleza de Santa Teresa, donde nos esperaban unos amigos que pasaban allí sus vacaciones —era pleno enero— en una carpa. Hicimos alto, al mediodía, en una isla muy linda, al borde del arroyo. Comimos fiambre del cor- dero que habíamos asado. Dio la casualidad que se acercó un tropero del campo con el cual, enseguida, Paco y yo tra- tamos relación. Era un hombre muy pintoresco. Y en esos momentos andaba aquejado por un problema que lo traía muy mal. El problema era que su mujer lo había abandonado. Se nos ocurrió de golpe con Paco tejer una leyenda en tor- no a Campal. La leyenda fue adornada por Paco con todos los recursos que le proporcionaba su facundia creadora. Y le contó al tropero que Campal era un anciano —aunque Campal no es anciano, su cabello totalmente blanco permite hacerlo pasar por tal —que se encontraba sufriendo el mis- mo mal que el tropero. Agregamos que nosotros, muy ami- gos del pobre anciano, le estábamos haciendo dar un paseo para hacerlo olvidar su tragedia. Y Paco le rogó al tropero, que ya que él tenía experiencia al respecto, lo acompañara en sentimientos y le diera algunos consejos. Paco urdió tan bién la historia que el tropero quedó convencido que debía darle a Campal algunas recetas que lo ayudaran a sobre- llevar su dolencia sentimental. En un descuido, le comuni- camos a Campal lo urdido y propiciamos el encuentro de

los dos sufrientes. Y el tropero, en efecto, le dio a Campal —en forma estupenda— algunas recetas y, finalmente, le proporcionó un yuyo que —aseguró— era muy indicado para soportar el mal que padecía.

A media tarde, levantamos campamento y seguimos rumbo a Rocha. De ahí continuamos hacia la Fortaleza de Santa Teresa, donde llegamos al atardecer. Como dije, nos esperaban unos amigos, instalados en carpas. Seguían los mosquitos. La primera noche que pasamos fue terrible. Los mosquitos nos comían vivos. En esa primera noche, cupimos todos en una carpa, pero la gente —muchoa gente— empezó a enterarse de la presencia de Paco y comenzaron a arrimarse. Como consecuencia, en la segunda noche hubo que armar otra carpa más chica, donde nos ubicamos Paco, Campal, los dos muchachos y yo. La anécdota preciosa que recuerdo de esa segunda noche es la siguiente: Estábamos ya instalados en esa segunda carpa, con el farol apagado y fumando en silencio, cuando de pronto se oye la voz de Paco que dice: **“Che! Se dieron cuenta? De tantos que somos y con la carpa chica, los embromamos a los mosquitos. No puede entrar ni uno!”** Al día siguiente siguió cayendo gente. Y esto fue lo maravilloso de esta permanencia en la Fortaleza de Santa Teresa. Era interminable el desfile de gente tras la prosa de Paco. El era el tema. Se hacían ruedas desde la mañana hasta la noche. Y las reuniones eran con guitarreada y conversación de Paco. Contó infinidad de cuentos. Pero dos eran sus caballitos de batalla, en especial el famoso de El Mellado. No voy a contarlo —quizás muchos de ustedes lo conozcan— pero quiero señalar un detalle muy revelador. Como el cuento era tan lindo, apenas se formaba rueda, alguno de nosotros buscaba la manera de hacérselo contar. Y entre la permanencia en Santa Teresa y los otros días de viaje, Paco lo debe haber contado cerca de diez veces. Y cada vez el cuento tenía un matiz nuevo, un nuevo detalle que lo enriquecía y perfeccionaba. Agregaba un personaje, una situación, un diálogo que realizaban el cuento. Esto da idea bien clara de ese gozo creador de Paco, de ese su vivir y revivir de propias invenciones en la imaginación.

Cuando salimos de Santa Teresa, pasamos el Cebollatí y pernoctamos en La Charqueada. Este pueblo, que bordea el Cebollatí, es un pueblo muy lindo y pintoresco del Departamento de Treinta y Tres. Allí conseguimos una casa deshabitada, que nos cedió un amigo. Allí dormimos, con el propósito de salir al otro día temprano para Treinta y Tres. Pero en realidad no salimos tan temprano. Los muchachos se fueron a pescar y nosotros quedamos tomando mate con Paco. Le habíamos tirado de la lengua para que hablara de don Quijote. Empezó con algunas consideraciones generales y de pronto tomó un tema: **El caballero del Verde Gabán.** Pues bien: eran las once y media de la mañana y Paco seguía con este tema; fuimos a buscar a los muchachos a la orilla del río y Paco con **El Caballero del Verde Gabán;**

almorzamos, y durante el almuerzo Paco continuó con el personaje; recorrimos las doce leguas que hay hasta Treinta y Tres y cuando llegamos, ya entraba la tarde, Paco seguía comentando ese famoso pasaje de la novela cervantina. Nunca lamentaré bastante no haber dispuesto de un grabador para registrar sus palabras. Nunca vi facundia mayor y mayor sensibilidad para penetrar en una obra de arte. Era maravilloso el manantial de sugerencias que un objeto podía despertar en Paco. Paco siempre encontraba nuevos elementos para enriquecerlo.

Algo más quiero recordar. En el viaje, Paco habló mucho y muy bien de un escritor treintaytresino: don Pedro Leandro Ipuche. Dijo cosas muy hermosas y profundas sobre la obra de don Pedro. Y yo comprometí a Paco para que culminara una rueda —caña, mate y asado— con una disertación sobre ese poeta que es orgullo de Treinta y Tres. Era verdad un honor para los treintaytresinos que Paco Espínola hablara en los términos en que lo hacía del autor de **Isla Patrulla**. Todo estaba preparado; incluso, un grabador. Pero todo se frustró porque Paco se indispuso. Y es una verdadera lástima, porque en realidad me sería muy difícil reconstruir todo lo que Paco me dijo sobre don Pedro en el viaje. Hubo, como dije al comienzo, otro propósito frustrado: el de visitar a Justino Zavala Muniz en su casa de Bañados de Medina. Campal, muy cansado, propuso regresar a Montevideo, y Paco, aunque no estaba cansado, según me dijo más tarde, se sintió en la necesidad de solidarizarse con Campal, nuestro amigo y chofer. Así que hubimos de renunciar a la visita a Justino Zavala Muniz y regresamos a Montevideo.

Diré ahora, para terminar, y tal como anuncié al comienzo, porqué elegí este tema de disertación cuando **Amigos del Arte** me hizo el honor de invitarme para participar en este acto. Y el motivo es el siguiente: En una de las visitas que hicimos a Paco en el Sanatorio donde estaba internado, lo encontramos muy bien. Estaba muy conversador y animado. Hablamos mucho, de literatura y otros temas. Recordamos sucesos, hicimos proyectos. Pero el tema del que más se habló, el que concitó el mayor entusiasmo de Paco fue el de este viaje que acabo de narrar. Por eso me pareció bien traer aquí este recuerdo palpitante, tibio todavía de la memoria de Paco.

Julio C. da Rosa